

EDITORIAL PRENSA ASTURIANA, S. A.

La Nueva España

Director: JOSÉ MANUEL VAQUERO
Subdirector: MELCHOR FERNANDEZ DIAZ
Redactores-jefes: CEFERINO DE BLAS, JUAN DE LILLO
Jefes de sección: ORLANDO SANZ, MARIO SANGO, JULIO PUENTE

Administrador: LUIS GONZALEZ

Redacción. Administración V Talleres: Celvo Sotelo, 7-33007 OVIEDO
Teléfono centralita: 230550 15 líneas. Teléfono publicidad V esquelos: 231985
Télex 84.122 EPAS. Apartado de Correos: 233-33080, OVIEDO
Depósito legal 0-2-1958 Control de difu116n @

Manuel MARTIN FERRAND

Pureza obliga



LOS oráculos nos lo tienen dicho, el año ochenta y cinco será el «año de la pureza». En ello estamos, entre «jlick» y «jlock» vamos aventando la paja de la corrupción del grano de la honestidad. Y la cuenta sale, naturalmente, a favor de la paja.

La última escena de la tragicomedia nacional se produjo ayer por la tarde cuando funcionarios de la Policía procedieron a la detención, por una presunta malversación de fondos, del presidente del Sindicato Profesional de la Policía (SPP). Al parecer Manuel Novás ha «distruido» unos catorce millones de pesetas de los fondos del propio Sindicato.

Parece que estoy viendo «brigada 21», la película que el pasado viernes nos ofrecía Jose' l'ij, is Balbin en «La clave» para prologar un debate sobre las i.R.MAijz. La qijfren,ciq, radica en que Kirk Douglas, al que el guionista del filme tuvo que convertir en difunto para salvar la dignidad del cuerpo, es muchísimo más guapo que Novás.

¿Qué es, de verdad, lo que nos pasa? Algún raro virus opera entre nosotros para que, de la noche a la mañana, a los policías les dé (presuntamente) por llevarse la caja, a

los diplomáticos (también presuntamente) por evadir a Suiza y a todos los demás (en menor grado de presunción) por olvidar valores entendidos como fundamentales en nuestras tradiciones culturales y morales.

Es, dicen algunos, el síndrome de la desconfianza. Pero no vale la explicación porque aquí, en profundidad, nunca ha habido razones para desconfiar.

Es, afirman otros, la corrupción heredada. Tampoco es eso, la corrupción forma parte de la historia de España y ya estaba presente en los mecanismos que condujeron a Isabel a casarse con Fernando. Que se lo pregunten al príncipe de Viana.

Es, señalan los más displicentes, una astucia electoral de los socialistas para distraer la atención de otras cuestiones más graves. De ser así estamos en un caso claro de sobredosis. No nos entretienen, nos anonadan.

Cuando los policías se ven obligados a detener a los policías, y no es el presente el único caso conocido en los últimos meses, algo muy bonito está convulso. No sé qué es lo que nos pasa, pero se trata de algo tremendo, y el «año de la pureza» no ha hecho más que comenzar.

De la larga agonía de Vicente Aleixandre, la escena más impresionante y la más llena de sentidos es la de Dámaso Alonso que entra en la habitación, después de cincuenta años de amistad, y solo frente al amigo no le dice una sola palabra. ¿Qué iba a decirle? ¿Puede expresarse mejor, más certeramente, la plenitud y la impotencia? Uno puede -aún sin, desgraciadamente, haberlos visto nunca, sin conocerlos, y a estos sí que habría valido la pena verlos- conocerlos- imaginárselos allí frente a frente. Dámaso, silencio, probablemente de pie,

recitándose a sí mismo y a su amigo, en un diálogo sin palabras, los millones de cuentas comunes, el pueblecito de la sierra, el transcurso de tantas horas en cualquier parte, mil pensamientos, las muertes comunes del pasado que no son nunca pasado, la generosidad, tantas ideas, mil poemas, cincuenta años de vida metidos en un silencio. Eso no podrán conseguirlo nunca las palabras, ningún discurso. No se trata del tópico de que valen las palabras, sino del

¿qué valen las palabras? Pueden acaso resumir como el silencio y resumir tanto y tan deprisa? Y menos valen todavía esas filosofías que sólo ven en las palabras, en las frases, cuencos conteniendo la verdad o falsedad del contenido. ¿Puede tener el silencio contenido de verdad y falsedad? ¿No tienen contenido de verdad esos cincuenta años resumidos en un silencio, Dámaso?

Y menos valen todavía todas esas fenomenológicas y filosóficas fúnebres de la muerte, de Vicente y Dámaso y pido perdón, para el resto del artículo, por esta irreverencia- no es aquí más que disculpa, paradigma de otros mil millones de Dámasos y Vicentes que han consumado el mismo diálogo y la misma escena. Eso nos ha pasado a casi todos. Que uno sea premio Nóbel de literatura y un poeta, extraordinario, que el otro sea un gran poeta y además un sabio, quizá el

El amigo

Luis MEANA MENEDEZ, profesor de la Universidad de Treveris

más grande de los españoles vivos, importa para la cuestión tan poco como el que uno sea malagueño y el otro de Madrid. Es un asunto sin ninguna relevancia, salvo para los periódicos. Hay muchos poetas grandes, y muchos sabios desconocidos, entre los intitulados, entre la gente menuda y diminuta de los pueblos de España, cuya despedida ha tenido esa misma plenitud e impotencia que la de Dámaso. Sólo que no son noticia lo que ya denigra su importancia las noticias.

Tics recordatorios

Cosas como esas pasan todos los días y pasan en casi todas las vidas. Dámaso tuvo todavía suerte. Otros, con otros amigos -con maestros Vicentes o Vicentás- no hemos tenido, a veces, tanta. Porque también puede ocurrir que uno se alegre de la próxima visita al viejo amigo y hasta que prepare un par de ironías que decirle y cuando por fin le llama o ir a su casa le encuentra

fallecido. Y lo dice la telefonista con la mecánica con que el enterador enterra a los muertos. «No sabiendo los oficios los haremos con respeto para enterrar a los muertos...». Así, sin más y sin despedirse, sin decir una sola palabra, sin darnos siquiera la posibilidad de ese silencio de despedida. Hay muchos poetas y muchos sabios, desconocidos, al

que ningún Dámaso les rinde ese silencio! Y la telefonista explica que ha fallecido de un infarto hace un par de meses como si lo que importa es el «de qué» y el «cuándo», cuando lo que realmente importa es el cómo, sobre todo el cómo. ¿De qué iba a morir! de escepticismo a pesar de que la figura no esté incluida en los manuales.

Y seguramente a Dámaso empezará a brotarle ahora ese sarpullido de la muerte, esos tics dia-

rios recordatorios, esas reacciones en las que uno ni habría creído, ni habría considerado nunca normales. Que empiezan con el rescate del recuerdo: ¿cuándo fue la última vez que le vi; hizo gestos de despedida, dijo alguna palabra, cuál fue la última ironía? Y que, luego, continúan con el rescate imposible de lo desconocido: ¿y qué estaría haciendo yo, ese 15 de marzo, a esa misma hora cuando se cayó, de bruces, contra la computadora; y qué habrá ocurrido en esa hora y media de idas y venidas al hospital en la ambulancia de la muerte, habrá sufrido?, ¿qué habrá pensado, con aquella agudeza metafísica, al darse cuenta de que todo se acababa?, ¿habrá llevado el escepticismo hasta el final, hasta entregarse, complaciente, al término del sinsentido? Y así va para siempre. Con el frío de la calle lo primero que se le ocurre a uno es si estará húmedo y helado en el panteón del Lo cementerio. Y cada vez que hay que pensar en alguien para que nos explique algo que no entendemos, el primer nombre que se le ocurre a uno es siempre el suyo, y ya no hay día en que uno no se sorprenda a sí mismo contemplando el par de recuerdos conservados, el libro de Beethoven, un par de cartas, el bolígrafo con el que escribía y con el que juega ahora, inconsciente del símbolo, la nada. No es que uno desespere, no es que uno llo;e, es que no hay forma de recorrer un paseo, una charla o un grupo de pensamientos, que, atmósfera, detrás de todo ello, el amigo como el dios, el tégp, ...

Si, Dámaso, tuvo, al menos, cierta suerte. Porque hay también amigos que, en la mitad de los veinte años, cuando todo está todavía por delante, sin diálogo, ni despedida, se marchan por la puerta falsa de la vida. Y hay que suponer que por muy buenas razones. Y eso que, con aquella sensibilidad, aquel aire místico y aquella cabeza podría haber sido desde galán famoso a poeta,

pasando por ministro poderoso. Podría, podría... si no fuera que la vida fluye, a veces, demasiado intensa. Y si no fuera porque, como dicen los aldeanos de Asturias cuando están allí en medio de la niebla dormilona, dando golpes de guadaña, que son de filosofa, a la hierba, «Dios cuando da ye muy burru dando». Ye muy burru dando... Y quitando. Que le quitó a Dámaso a su amigo Vicente, a mí a Díaz Blázquez y a José Antonio Lobo y a otros muchos, otro tanto.

Puede que ahora la gente; y hasta algunos poetas, se pongan con esa facilidad que Dios les ha dado para enzarzarse a discutir irrelevancias, a filosofar sobre la inmortad del alma, sobre la existencia de Dios y de la otra vida, en la que Vicente estará -esperamos que con más salud, que en ésta- dando tumbos y poemas. Son ganas de discutir relevante, lo inmortal en todo esto es el diálogo silencioso que seguirá teniendo, a partir de hoy todos los días, Dámaso con Alonso, que hará el papel de Aleixandre. Diálogo que seguirá ya eternamente porque, cuando falte Dámaso -que ojalá no sea nunca- habrá otro Dámaso en el relevo, en la fila -quizá Bousso- para seguir la plática, ese como decía... como escribió Vicente... Y cuando ya no esté ese habrá otros más jóvenes. Y cuando ya no quede nadie, habrá lectores y habrá otros mil Dámasos y Vicentes, repitiendo; el mismo salmo, los mismos tics, los mismos de la muerte. Porque Dámaso y Vicente no son más que el para digna, el ejemplo famoso, del diálogo silencioso que seguimos todos con nuestros muertos vivos. Sea lo que sea de la inmortalidad del alma y de la poesía de Aleixandre, de otra inmortalidad tuya puedes estar, Vicente, absolutamente seguro: de la que te dará el recuerdo silencioso de todos los Dámasos del mundo; Y como esa de bonita no hay ninguna.

Otros periódicos

DA TS EL

Una sentencia ejemplar

(...) La importancia de la sentencia consiste en que un jurado británico ha abierto una brecha en la ley de secretos oficiales, al absolver a un funcionario de Defensa procesado por haber comunicado datos protegidos a un miembro del Parlamento. El fondo de la cuestión es secundario, pero vale la pena recordarlo: durante la expedición a las Malvinas, los británicos hundieron el crucero argentino Belgrano; en ese momento- había activas intervenciones para forzar una negociación, y el Gobierno británico las hundió simultáneamente, de

forma que la guerra prosiguió hasta la reconquista total del archipiélago, con la consiguiente pérdida de vidas humanas de los

dos bandos y la imposibilidad de una solución que hubiera podido ser imparcial. Una parte de la opinión pública británica, personificada en el diputado laborista Tam Dalyett, cree que el hundimiento fue premeditado e inútil, y que una negociación hubiese sido positiva.

El Gobierno de Thatcher hizo una confesión de su mala conciencia con su actitud de ocultación de datos y engaño al Parlamento y a la opinión pública. La duda de si negociar o guerrear podría ser en aquel momento más o menos favorable para el Reino Unido puede permanecer; lo que ahora no se puede mantener es que los datos de la situación puedan haber sido enclaustrados apoyándose en una y de

secretos. La absolución del funcionario que facilitó esos documentos sobre por encima de los

en el cumplimiento de su función para llegar al centro de la cuestión: la invalidación en un caso concreto de, la ley de secretos oficiales.

Es especialmente significativo el hecho de que el procesamiento del funcionario se haya producido desde el poder y su absolución la haya dado un jurado de 12 personas. Si la justicia británica pasa por ser una de las más imparciales del mundo, una gran parte se lo debe a jueces desentendido común, pero otra muy importante a esa consagración literal del sentido común que es la institución del jurado. La capacidad de éste, que ha sabido abstraerse de las enormes presiones del triunfalismo, del poder establecido y abundantemente elegido por

la mayoría de la nación y de lo que se ha presentado como una causa nacional para llegar al fondo del debate y establecer una doctrina en contra del abuso de los secretos oficiales, es ejemplar. Supone la capacidad de una sociedad viva para enfrentarse con lo que aparece como una forma no democrática del poder: La velocidad con que se trata de aislar a los presuntos responsables directos, como el ministro de Defensa o el fiscal general, salvando al primer ministro -Esta- ba de vacaciones-, ha dicho tontamente Thatcher-, revela paradójicamente otra virtud que debía cundir: el temor, la sensación de fracaso de un Gobierno tan poderoso ante una manifiesta oposición de la opinión pública constituida por solamente 12 ciudadanos con sentido común y de su propia responsabilidad. Madrid 19-11-85



Montserrat ROIG

El niño que nació en una cuneta

HA nacido un niño en una cuneta de un carretero entre el estruendo de baterías y morteros. Ha nacido en medio de una guerra casi desconocida, la de Kampuchea, de oscuros orígenes y difícil solución. Desde Europa no se oye el eco de la metralla ni se percibe el desgaste de la guerra química. Este niño tiene la suerte de no saber para qué ha venido a la vida, ni falta que le hace preguntárselo; esta clase de preguntas sólo se hacen en París bebiendo Pernod.

Los campos donde ha nacido están calcinados y los árboles se yerguen como esqueletos depravados. Ha nacido entre tanques vietnamitas, estertores guerrilleros de los jémeres rojos vietnamitas y morteros tailandeses. Con el tiempo se le dirá a qué bando pertenece, aunque ahora no pertenece a ningún bando; su paisaje será dis tinto

de los niños que nacen en tiempos de paz. Sin embargo, ha nacido como ellos, con la misma inconsciencia e idéntica desfachatez. Como si no le temiera a un destino que le viene marcado por el entorno geográfico y por los intereses que ahora; desnudo y con el ombligo abierto, se le escapan.

Este minúsculo e impenitente desafío a la muerte y a la guerra es como un grito obscuro de derecho a la existencia. Todos los días nacen niños en las circunstancias más extrañas e inhóspitas. Nacen en Guatemala sin llegar a la adolescencia, nacen en Etiopía, y en Eritrea para convertirse en espectros. Nacen todos estos niños ignorando que, por el solo hecho de existir, lo van a pagar muy caro. Ojalá que este niño de Kampuchea nunca sepa por qué.

Quieo el progrt



José Luis MARTIN